

Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco (XVII)



Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

El gran trasterrado:
José Clemente Orozco (1)

HE DEJADO AL FINAL de esta serie a Orozco porque con él culminan todos los valores que Jalisco ha exportado al resto del país y al extranjero, ya que ninguno alcanza el vigor expresivo del Genio de Zapotlán. Para Justino Fernández ha sido

el maestro de mayor estatura del siglo XX, así se piense en Rivera, en ese otro genial que es Picasso y en otros pintores de primera línea de nuestro tiempo, mexicanos o extranjeros. (1980: p. 155).

La vida y el pensamiento de Orozco son bien conocidos debido a que el artista no sólo manejó con destreza los pinceles, sino que supo también expresarse fluidamente con la palabra escrita a través de cartas, notas, artículos y su propia **Autobiografía**, plena de observaciones, reflexiones y datos, imprescindibles en toda obra de este último género. Como, sin embargo, encontrar en estos tiempos de crisis libresca un ejemplar de sus **Textos**, publicados por la U.N.A.M. en 1955, no es fácil, aunque a muchos parezca innecesario, empezaré por el principio:

Orozco nació en Zapotlán el Grande, hoy insípidamente llamado Ciudad Guzmán, y tal vez mañana conocido como Zapotlán de Orozco si logra imponerse la gestión de otro gran zapotlense, Juan José Arreola. Nació el 23 de noviembre de 1883 y dos años más tarde pasó a habitar en Guadalajara, la que abandonó a la edad

de siete años para radicar en la ciudad de México, donde se formó por completo. Esto hace pensar que de jaliscienses no tuvo más que un accidente genético, pero fue precisamente en Jalisco donde pintó lo mejor de su producción y así lo recobramos con doble derecho: el de cuna y el de calidad.

Aun pequeño, conoció a José Guadalupe Posada y considera que Este fue el primer estímulo que despertó mi imaginación y me impulsó a emborronar papel con los primeros muñecos.

Luego comenzó a asistir a la Academia de San Carlos en forma irregular, y la abandonó para ingresar a la Escuela de San Jacinto a estudiar Agricultura. Tres años deambuló por sus aulas y corredores, cada vez más convencido de que ese no era su camino. Desertó, para considerar la posibilidad de cambiar a Arquitectura, cuando la muerte de su padre cortó, abruptamente, sus sueños universitarios y lo lanzó al trabajo por la vida en los más disímolos quehaceres. Agazapado en algún repliegue de la conciencia se le había quedado el interés por la pintura y éste lo hizo volver a la Academia donde

...había modelo gratis, tarde y noche, había materiales para pintar, había una soberbia colección de obras de maestros antiguos, había una gran biblioteca de libros de arte, había buenos maestros de pintura, de anatomía, de historia del arte, de perspectiva y, sobre todo, había un entusiasmo sin igual. ¿Qué más podía desear?

Aunó entusiasmo a tenacidad y disci-

plina, trabajó con seriedad en la Academia de 1906 a 1910, bajo el influjo, principalmente, de Antonio Fabrés y alcanzó esa sólida formación académica que le proporcionaría, más tarde, el dominio completo de la expresión pictórica. Como dice García Oropeza: "la difícil facilidad, la espontaneidad casi automática de su trazo, la explosión creativa" (1976: p.63) que se pueden apreciar en su obra. En fin, la calidad que lo distingue de cualquier otro pintor, por grande que sea, especialmente en aquellos días, según afirma Orozco,

...en que se llegó a creer que cualquiera podía pintar y que el mérito de las obras sería mayor mientras mayores fueran la ignorancia y estupidéz de los autores.

Justo cuando el artista dejaba la Academia, Don Porfirio celebraba las Fiestas del Centenario y su octogésimo cumpleaños con nunca vista pompa y brillantez. En medio de aquel derroche de densa alegría, los jóvenes pintores protestaron contra la exposición de pintura española que parecía postergarlos en su misma patria. Como manifestación de inconformidad, decidieron organizar su propia muestra y solicitaron muros. Se les prometieron los de la Escuela Nacional Preparatoria, niña mimada del Porfiriato, y cuando todo parecía salirles a pedir de boca estalló, desde San Luis Potosí, la Revolución que incendió por una larga década al país.

La revolución fue para mí, el más alegre y divertido de los carnavales, es decir, como dicen que son, los carnavales, pues nunca los he visto. A los grandes caudillos sólo los conocí de vista, cuando desfilaban por las calles al frente de sus tropas y

seguidos de sus estados mayores...

Orozco vio pasar la insurrección trabajando como caricaturista de **El Hijo del Ahuizote** y como ilustrador de **La Vanguardia**, desde 1910 hasta 1916, en que presentó su primera exposición individual. Esos años estuvieron llenos de noches fantásticas, con "más casas de juego que cantinas y pulquerías"; con un "teatro frívolo" en el que volaban, desde gallola a luneta, los escupitajos, pulques y "líquido peores", cuando no los borrachos que se estrellaban sobre los de abajo, al tiempo que las leperadas cruzaban "el ambiente denso y nauseabundo" en el que deslucían "actrices... antiquísimas y deformes".

Orozco dejó testimonio de este pintoresco e intensísimo mundo en las acuarelas de 1913, plenas de mujeres galantes y hombres embrutecidos por el poder de un instante; en ellas mostró la misma ironía e igual criticismo que Goya en sus **caprichos** de antaño, o Toulouse-Lautrec al plasmar la Belle Epoque nocturna y parisina en el ayer inmediato a Orozco. Para Justino Fernández estas acuarelas son un anticipo del "expresionismo más refinado de años posteriores", un adelanto de 24 años al **Guernica** de Picasso, elaborado en 1937, por poseer figuras muy similares, y parecidos "trazos esquemáticos pero llenos de carácter".

Otra serie de obras importantes dan testimonio del vandalismo de la Revolución, con la que Orozco reconoció no haber mantenido ningún nexo:

yo jamás me preocupé por la causa indígena, ni arrojé bombas, ni me fusilaron tres veces...

El observó con agudeza un "carnaval"